

La apuesta por lo público

La apuesta decidida por lo público debe constituir un elemento identificativo y movilizador de la izquierda política en su lucha contra el incremento brutal de las desigualdades que caracteriza nuestro tiempo. Lo público como ordenador y regulador del espacio que compartimos, tanto en las relaciones políticas como en las económicas y sociales. Lo público como detentador y protagonista del ejercicio del poder en sectores estratégicos para la defensa del interés general, desde las finanzas al transporte o la energía. Y lo público como proveedor y gestor del Estado de Bienestar que ha de garantizar el ejercicio efectivo y equitativo de los derechos sociales básicos.

La izquierda tiene que defender y potenciar lo público como respuesta a los grandes desafíos de la globalización desregulada, del capitalismo financiero deshumanizado, de la contraposición falaz entre economía y derechos sociales, y de la consiguiente amenaza sobre los derechos de ciudadanía. La defensa de lo público implica una diferenciación radical entre los derechos a garantizar por el Estado, y las mercancías que pueden dejarse al juego libre del mercado en función de las desiguales capacidades de pago. Lo público es garante del ejercicio de derechos y libertades básicas. Y lo público ha de asegurar la distribución de los bienes y servicios vinculados a tales derechos en clave de equidad, calidad, eficacia, transparencia y participación. Lo público, además, implica la defensa de "lo común", lo que a todos corresponde y lo que todos hemos de respetar.

Las amenazas a lo público actualmente llegan por vías diversas. Existe una amenaza con causa ideológica que proviene de los teóricos neoliberales defensores de la desregulación en el desarrollo de las relaciones económicas, que consideran al Estado, a sus normas y a sus garantías, como enemigos de la libertad y de la pretendida eficiencia del mercado en la distribución de recursos. Otra amenaza más prosaica procede de quienes contemplan lo público, y las necesidades sociales que atiende, como un nicho de ganancias a explotar para el beneficio privado. Final-

mente, también es preciso defender lo público de sus propias debilidades, como la financiación insuficiente, las burocracias ineficientes, la falta de transparencia y participación, y las corruptelas que a menudo le restan crédito y legitimidad.

El neoliberalismo hegemónico ha logrado hacer calar la idea de que la crisis ha puesto de manifiesto el peso excesivo e ineficiente de lo público sobre la economía, y que la salida de la crisis pasa ineludiblemente por aligerar esa carga. En consecuencia, la derecha europea exige un redimensionamiento de lo público a la medida del modelo económico vigente. En realidad, lo público no es objeto de ataques por sus fallos, sino por sus aciertos en términos de igualdad social. De hecho, las sociedades con sistemas públicos robustos son también las más eficaces económicamente. Lo cierto es que la crisis se utiliza como coartada para reducir el predominio de lo público. Por lo tanto, a la izquierda corresponde reclamar un nuevo modelo económico a la medida del modelo social justo que garantice lo público, y no a la inversa.

La izquierda tiene que defender y potenciar lo público como respuesta a los desafíos de la globalización desregulada, del capitalismo financiero deshumanizado, de la contraposición falaz entre economía y derechos sociales y de las amenazas contra la igualdad y los derechos de ciudadanía.

La experiencia muestra que los procesos de privatización y de reducción del espacio de lo público no conllevan economías más eficientes y sociedades más libres y prósperas, como anuncian los heraldos neoliberales, sino todo lo contrario. Las privatizaciones en el ámbito social tienen como consecuencia directa la mercantilización de los bienes y los servicios que

cubren necesidades básicas, como la sanidad, la educación, las pensiones o la atención a la dependencia, y un aumento consiguiente de la desigualdad, la exclusión social y la pobreza. Las privatizaciones en el ámbito económico suelen sustituir monopolios públicos por monopolios u oligopolios privados, que no mejoran la calidad de los bienes y servicios prestados y que además aumentan sus precios en la medida en la que aumentan los beneficios privativos.

Los que cuestionan lo público generalmente no lo hacen por sus fallos, sino por sus aciertos en el propósito de lograr una mejor cohesión social y una mayor igualdad, en una forma que deja poco espacio para la voracidad económica de quienes pretenden hacer negocios a costa del bienestar humano.

La izquierda debe practicar una defensa firme y proactiva del Estado de Bienestar, que hasta hace poco identificaba a Europa como culminación del proceso civilizatorio, y que fundamentó el periodo de mayor progreso político, económico y social de nuestra historia moderna, entre la segunda posguerra y la caída del Muro de Berlín. Aquel consenso entre propietarios de medios de producción y trabajadores, entre la derecha democristiana y la socialdemocracia, para la convivencia del mercado libre y los derechos políticos y sociales de ciudadanía, quedó roto tras el fin de la amenaza soviética. Es hora de reestablecer ese pacto, mediante un nuevo contrato social en el marco de una nueva economía social de mercado, con reglas y con derechos. Porque o Europa es una Europa Social o Europa no será.

Lo público es el elemento legitimador de la economía de mercado, y el factor legitimador de la democracia misma. El sistema económico y el modelo socio-económico vigentes no podrán sostenerse si no proporcionan derechos, libertades, bienestar y una vida digna a la mayoría de los ciudadanos. La resistencia al paro desbocado, a la desigualdad creciente y a las injusticias sociales está llegando a sus límites en nuestras sociedades. Las respuestas críticas comienzan a sobrepasar los cauces del sistema, en forma de protestas sociales, de autoexclusión en

los procesos electorales y de afloramiento de potentes fuerzas populistas con notable predicamento. El paso al estallido social generalizado no es una posibilidad improbable o remota. O se da lugar a un sistema político y socioeconómico compatible con el bienestar general o tendremos problemas. Algunos analistas establecen paralelismos fundados entre esta etapa histórica y la vivida en el periodo de entreguerras en el siglo XX.

La apuesta por lo público no puede ser meramente defensiva y de trincheras, sino proactiva y valiente. No se trata tan solo de acomodar permanentemente a la baja aquellas conquistas de antaño en un modelo económico intrínsecamente injusto, sino de conquistar un modelo económico alternativo compatible con los derechos y libertades de ciudadanía.

Ahora bien, la defensa de lo público plantea exigencias que la izquierda debe asumir. La primera exigencia es fiscal. No se pueden asegurar políticas públicas a la escandinava con impuestos a la africana. Un sector público sólido y garantista exige una fiscalidad suficiente y progresiva, que a veces es impopular. La izquierda debe definir también hasta dónde quiere llevar lo público en la defensa del interés general. ¿Quedarse en la Sanidad y la Educación o atreverse con la Banca y la Energía? Lo público requiere igualmente eficacia para su credibilidad, por lo que una reforma rigurosa de las Administraciones Públicas resulta imprescindible. La concepción de lo público está cada día más relacionada, por otra parte, con la definición de la estructura del Estado y con su distribución competencial. A más complejidad y fragmentación, más dificultades para asegurar eficacia y equidad. Y, finalmente, el combate a la corrupción requiere de buenas dosis de transparencia, controles y ejemplaridad moral que, a veces están lejos de alcanzarse.

Precisamente en el momento en el que la hegemonía neoliberal y la emergencia de los populismos cuestionan en mayor medida el debate social planteado en torno al eje izquierda-derecha, la apuesta por lo público ha de convertirse en bandera identificativa para todos aquellos que siguen creyendo en la necesidad de impulsar iniciativas políticas de fondo para combatir las desigualdades crecientes y para defender los derechos de ciudadanía, desde una izquierda reformista coherente con sus valores, moderna, ejemplar y valiente. **TEMAS**